

LATINOAMÉRICA EN LA PRIMERA ETAPA DE *HUMANISMO* (MÉXICO, 1952-1954)*

*Andrés Kozel***

FFyL-UNAM / El Colegio de México

INTRODUCCIÓN

De enorme interés para el estudio de las peripecias del progresismo latinoamericanista, la revista *Humanismo* apareció entre 1952 y 1961. Pese a su notoria significación y a la importancia innegable de la red intelectual que consiguió movilizar, la historia de esta publicación, algo accidentada, no es suficientemente conocida. Un primer acercamiento revela que esa historia puede ser dividida en tres etapas fundamentales. En la primera, desde su aparición en julio de 1952 hasta mediados de 1954, la revista fue dirigida por Mario Puga, publicándose en la ciudad de México con el subtítulo de “Revista mensual de cultura” (por momentos, “Revista bimestral de cultura”). En la segunda etapa, que va de mediados de 1954 hasta fines de 1958, la revista siguió publicándose en la ciudad de México, pero pasó a ser dirigida por Raúl Roa; se modificó entonces el diseño de su portada, se adicionó un lema —“Al servicio de Nuestra América”— y, algo después, se

* Este texto forma parte del Proyecto de Investigación “Revistas literarias y culturales: redes intelectuales en América Latina (1900-1980)”, coordinado por Regina Crespo (CIALC/UNAM). Debo agradecer, en primer término, a Horacio Crespo, por haberme llamado la atención sobre la revista *Humanismo*. En segundo lugar, a varios colegas cuya colaboración resultó fundamental para trazar el perfil de Mario Puga: Ernesto Aréchiga, Martín Bergel, Felipe Varela, André Samplonius, Blasco Vera Bazán e Ismael Pinto. También, a Ricardo Melgar y a Norma de los Ríos, por compartir sus conocimientos sobre la historia del Perú y del México contemporáneos. Por último y muy especialmente, a Stella y a Carmela Puga, por proporcionarme valiosa información sobre la vida y obra de su padre.

** Becario posdoctoral PROFIP/UNAM en El Colegio de México.

alteró su subtítulo, que pasó a ser “Revista de insobornable orientación democrática”. En la tercera y última etapa, que dio inicio con el triunfo de la Revolución cubana, *Humanismo* comenzó a ser editada en la isla, siendo dirigida por el venezolano Ildegar Pérez Segnini primero y por el puertorriqueño Juan Juarbe y Juarbe después.

En este artículo me centro exclusivamente en la primera de las etapas de *Humanismo*, es decir, en la fase correspondiente a la gestión de Mario Puga como director, misma que cubrió un total de veinte números. Mi propósito es doble: primero, contribuir al esclarecimiento de algunos aspectos de la historia de la propia publicación y de los perfiles de quienes la fueron integrando; luego, proponer unos lineamientos provisionales para la clasificación y análisis de los numerosos artículos dedicados a temas latinoamericanos que, desde el primer número, la recorrieron de manera distintiva. La aspiración de más amplio alcance que subyace a la propuesta tiene que ver con caracterizar la *posición* de *Humanismo* con respecto a América Latina, y ello bajo el supuesto —razonable, como espero mostrar— de que esta revista, en un sentido “prima menor” de *Cuadernos Americanos*, lejos ser ideológicamente miscelánea o confusa, fue una publicación de tipo programático, cuyas páginas dejan ver, más allá de los inevitables matices, variaciones y tensiones, un repertorio elaborado, definido y coherente de posturas frente a los temas y problemas que componían la agenda latinoamericana de ese tiempo.

LOS INTEGRANTES

La primera etapa de *Humanismo* puede, a su vez, subdividirse en dos momentos, siendo el hito divisorio la transformación de su consejo de redacción tras la publicación del núm. 12. En el primer momento, que duró más o menos un año, Puga estuvo secundado por un

consejo de redacción integrado por ocho personas, de origen diverso y de muy distinto peso específico: Andrés Eloy Blanco, poeta, abogado y político venezolano, destacada figura de Acción Democrática que había llegado a desempeñarse como presidente de la Asamblea Constituyente que sesionó durante el trienio y luego como canciller durante la malograda presidencia de Rómulo Gallegos (1948), marchando al exilio tras el golpe de Estado que depuso al presidente-novelistas;¹ Alfonso Caso, insigne arqueólogo mexicano — descubridor, entre otras cosas, de la célebre “Tumba 7” de Monte Albán—, y que entonces, en el cenit de su trayectoria, dirigía el recientemente creado Instituto Nacional Indigenista;² Juan de la Encina y Manuel Sánchez Sarto, académicos españoles republicanos exilados en México, el primero historiador y crítico de arte, el segundo economista;³ Carlos Lazo, destacado arquitecto de origen mexicano que formó parte del movimiento renovador de la arquitectura de ese país;⁴ Miguel Ángel Cevallos, pedagogo y novelista también de origen mexicano, con acceso a las esferas gubernamentales;⁵ Margarita Paz Paredes, joven

¹ Véase de David Morales Bello, *Semblanza de Andrés Eloy Blanco*, Caracas, Ediciones Aculpueblo, 1997. También Rómulo Gallegos, *Apreciación de Andrés Eloy Blanco. Con apéndice de textos del poeta*, Los Teques, Ediciones del Gobierno del Estado Miranda, 1985, y el artículo de Efraín Subero, “Andrés Eloy Blanco”, en el *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, Caracas, Monte Ávila, 1995.

² Hay, desde luego, una profusa bibliografía sobre la vida y obra de don Alfonso Caso. Menciono dos estudios que me han resultado de utilidad en esta ocasión: Luis Calderón Vega, *Los 7 sabios de México*, México, Editorial Jus, 1972, y Federico Hernández Serrano, *Mexicanos Ilustres, A. Caso, A. Rosenblueth, I. González*, México, Dpto. del Distrito Federal, 1973.

³ Sobre Juan de la Encina puede verse el volumen intitulado *Juan de la Encina y el arte de su tiempo (1883-1963)*, Madrid, Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía / Museo de Bellas Artes de Bilbao, 1998. Sobre Manuel Sánchez Sarto he detectado en Internet dos libros aparecidos recientemente en España, a los que no pude acceder todavía. Se trata de la edición de sus *Escritos económicos (México, 1939-1969)*, a cargo de Eloy Fernández Clemente, publicado por las Prensas Universitarias de Zaragoza en 2003, y del estudio de Ángela Abós Ballarín, *Los Sánchez Sarto*, Zaragoza, 2004.

⁴ En fecha relativamente reciente, la Facultad de Arquitectura de la UNAM publicó el libro de Yolanda Bravo Saldaña, *Carlos Lazo, vida y obra*, 2004.

⁵ Miguel Ángel Cevallos fue discípulo y amigo de Antonio Caso y maestro de los presidentes Miguel Alemán y Adolfo López Mateos. Entre otras cosas, escribió la novela autobiográfica *Un hombre perdido en el universo*, de la cual se publicó algún fragmento en las páginas de *Humanismo*.

escritora mexicana de quien poco más he podido averiguar hasta el momento, y Rafael Loera y Chávez, figura estrechamente ligada a *Cuadernos Americanos* y eventual mecenas de *Humanismo*. ¿Qué nos dicen estos nombres? Poniendo momentáneamente entre paréntesis al director Mario Puga, tenemos que el primer consejo de redacción de *Humanismo* constituyó un espacio de intersección entre una prominente figura cultural y política de la Venezuela opositora a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, un par de republicanos españoles exiliados en México y un conjunto de intelectuales mexicanos de desigual peso específico pero igualmente identificados con los gobiernos posrevolucionarios de su país y, en ciertos casos, entremezclados con su alta plana funcionarial.

En el segundo momento de la primera etapa, que va desde la publicación del número 13 hasta la aparición del número doble 19-20, el consejo de redacción de *Humanismo* sufrió importantes modificaciones: de un lado, algunos de sus miembros anteriores no figuraron más —destaca entre ellos Rafael Loera y Chávez quien, como vimos, había desempeñado en ese primer año un papel fundamental en lo que respecta al apoyo financiero—; de otro lado, se incorporaron varias figuras nuevas, originarias de distintos países latinoamericanos. En definitiva el consejo quedó conformado por catorce miembros, entre los cuales seguían figurando Eloy Blanco, Lazo y los dos académicos españoles radicados en México. En cuanto a los que se sumaron, cabe destacar al costarricense Joaquín García Monge, editor de *Repertorio Americano*, al cubano Félix Lizaso, al panameño Rogelio Sinán (seudónimo de Bernardo Domínguez Alba), al

En 1968 Cevallos fue condecorado por el Senado mexicano con la medalla Belisario Domínguez, una de las más importantes distinciones oficiales que se otorga en México. Véase el discurso que en aquella ocasión pronunciara la senadora María Lavalle Urbina, disponible en http://www.senado.gob.mx/medalla_belisario.php?lk=docs/1968.html.

boliviano Fernando Díez de Medina, al peruano Alberto Hidalgo y el chileno Juan Marín. Por lo demás, en esta fase aparece el venezolano Ildegar Pérez Segnini como subdirector. A esta transformación habría que agregarle la previa salida del gerente Juan Grepe y la efímera presencia del escritor y político guatemalteco Mario Monteforte Toledo como subdirector en el número doble 7-8. Monteforte Toledo, que había ocupado altísimos cargos durante la primera fase del proceso conocido como Revolución guatemalteca, pasó a integrar también, a partir del número 13, el flamante y ampliado consejo de redacción.

¿Qué cambios sustantivos hubo en los contenidos de la revista a partir del ya varias veces mencionado número 13, esto es, tras la referida recomposición del equipo responsable? A decir verdad, no demasiados. Pese a la salida de Rafael Loera y Chávez, *Humanismo* siguió contando con importantes respaldos publicitarios y, fuera de la salida de la fotógrafa Ursel Bernath —responsable de las imágenes que enriquecieron los seis primeros ejemplares—, mantuvo su apariencia visual distintiva. Podría decirse, tal vez, que la ampliación y latinoamericanización del consejo de redacción ejercieron cierto impacto en la proporción de contribuciones dedicadas a temas latinoamericanos, la cual parece haberse incrementado a partir del número trece. Digo tal vez y parece no porque sea operativamente difícil calcular tal proporción, sino porque el cambio, si lo hubo, no fue de ninguna manera tajante. A lo sumo, sería posible sostener que en los doce primeros números alrededor de un tercio de las colaboraciones se refieren a América Latina, mientras que entre los números trece y veinte esa proporción llega a superar la mitad de las mismas, aunque no en todos los casos. Tentativamente, entonces, cabría decir que *Humanismo* comenzó siendo una revista de temas generales con incrustaciones latinoamericanistas para pasar a ser, a partir del número trece, una revista de temas latinoamericanos con incrustaciones consagradas a asuntos generales. Con ello quedaría planteada la hipótesis de que la publicación estuvo

decididamente orientada a “servir a Nuestra América” por lo menos un año antes de que iniciara la gestión de Raúl Roa y de que ése pasara a ser su explícito y singularizador lema. Más allá de esto, sigue siendo muy preciso y muy fundamental resaltar el hecho de que el examen del tratamiento de los temas latinoamericanos por *Humanismo* en sus veinte primeros números nos sitúa frente a un repertorio elaborado, definido y coherente de posturas frente a los temas y problemas que componían entonces la agenda continental. Antes de desentrañar los rasgos decisivos de dicho repertorio, es necesario decir algo sobre Mario Puga, su director durante la fase que nos ocupa.

A diferencia de lo sucedido con otras revistas latinoamericanas, las cuales suelen asociarse automáticamente al nombre de su director o de su editor, tan o más célebre que las propias publicaciones, la figura de Mario Alberto Puga Imaña se presentó en principio bajo una discreta y enigmática penumbra.⁶ Abogado de origen peruano,⁷ autor de algunos libros y militante de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, Puga salió deportado del Perú con motivo de la represión desencadenada a raíz de los sucesos del año 1948. A mediados de 1949 arribó a México,⁸ donde trabajó en la Nacional Financiera, y, a partir de

⁶ Puga escribió muy poco en las páginas de *Humanismo*: durante el lapso que nos ocupa, publicó un solo artículo firmado, en el cual comenta elogiosamente la política llevada adelante por el Instituto Nacional Indigenista de México que dirigía Alfonso Caso. Cabe suponer que algunas de las secciones no firmadas hayan sido de su autoría, pero la consideración de este elemento, si ayuda algo al delineamiento de la orientación ideológica de *Humanismo*, no es de gran utilidad para reconstruir un más satisfactorio perfil biográfico suyo. Ni siquiera aparece en las fotografías que acompañan la nota que, en el segundo número, celebra la aparición de la revista. Tras dejar la dirección de *Humanismo*, Puga publicó en la revista ya dirigida por Raúl Roa un artículo intitolado “Soberanía nacional y desarrollo” (núm. 25, noviembre de 1954).

⁷ Puga nació en 1915, al parecer, en Trujillo. Digo al parecer porque en su *Antología de Lambayeque*, 1989, César Toro Montalvo incluye a Puga entre los escritores lambayecanos, sentenciando que *Puerto Cholo* es “la mejor novela de Lambayeque” (p. 505). Como es sabido, la capital del departamento de Lambayeque es Chiclayo; Lambayeque también se llama una ciudad de la misma región; Trujillo es la capital del departamento La Libertad.

⁸ Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México: expediente correspondiente a Mario Alberto Puga Imaña. En carta fechada el 5 de abril de 1949, la Embajada de Perú en México escribe a la Secretaría de Gobernación para solicitar instrucciones acerca de la petición del

1952, puso en marcha la revista *Humanismo*, proyecto del que poco después derivaría una editorial. Su estancia en México coincidió casi exactamente con el ochenio odríista. En esos años, Puga dio a conocer varios libros más.⁹ A mediados de 1954, poco después de que Haya de la Torre recuperara su libertad, Puga, en un gesto sorpresivo, presentó su renuncia indeclinable al APRA. Da toda la impresión de que dicha renuncia debe ser interpretada como coronación de un largo desgarramiento interno, iniciado un lustro o quizá una década atrás, aunque jamás expresado en público hasta entonces, quizá por abrigar todavía la íntima esperanza de que el caudillo modificara sus posiciones.¹⁰ Radicado nuevamente en

ciudadano peruano Mario Alberto Puga —quien es intelectual del APRA y es obligado por las autoridades de su país a salir del Perú— para viajar a México con su esposa, Carmen Mendoza, y sus dos hijos menores, Alberto (cuatro años y medio) y José del Carmen (cuatro meses). En carta fechada el 22 de junio de 1949 la Secretaría de Gobernación desea confirmar si a Mario Alberto Puga puede considerársele perseguido político en su país ya que se encuentra en México y desea cambiar su calidad migratoria de turista a inmigrante. En carta fechada el 29 de junio de 1949 la Embajada de Perú confirma a la Secretaría de Gobernación que Puga es miembro activo del APRA y puede ser considerado perseguido político. El expediente no nos informa en qué momento Puga retornó al Perú, pero podemos estimar que fue en 1956.

⁹ En el catálogo de la Biblioteca de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú, figuran siete libros de Mario Puga: *Elegía a la muerte de León Trotsky*, Lima, Imprenta Juan La Cateria, 1941; *Fraternidad frente a dolor*, Lima [s/r], 1943; *La ecuación espacio-tiempo histórico del Perú prehispánico*, México [s/r], 1949; *El ayllu: su naturaleza y régimen económico social*, México [s/r], 1950; *Ternura*, México, Cultura T.G., 1951; *Los incas: sociedad y estado*, México, Centauro, 1955 y *Puerto Cholo*, México, Los Presentes, 1955. Además de algunas de las obras recién consignadas, en la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México figura una traducción realizada por Puga de *Hellas, espectáculo dramático con música y danzas en cuatro actos*, de Rodney Collin, editada en México, por Editorial Sol, en 1950; más tarde Collin colaboraría asiduamente en *Humanismo*. La lectura de la novela *Puerto Cholo* da mucho qué pensar. Ubicada claramente en la tradición de realismo social abierta por José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos y Ciro Alegría —según Wiston Orrillo, “el protagonista de la obra, el cholo Manuel Fiestas es, en su medio geográfico, un Rosendo Maqui y, a nuestro juicio, merece el honor y el reconocimiento del conocidísimo personaje de Ciro Alegría” (“Prólogo” a *Puerto Cholo*, 2ª ed., Lima, 1973)—, parece tener mediadas y elaboradas resonancias autobiográficas, que habría que explorar en profundidad.

¹⁰ El texto en cuestión es una carta abierta a Haya de la Torre, y lleva por título “Por qué me voy del APRA”. Apareció en *El Popular* de México del 6 de agosto de 1954. Vale la pena transcribir un pasaje: “El 3 de octubre de ese año [1948, AK] las bases del partido se rebelaron, alzándose en armas con la marinería de guerra. La ceguera antihistórica de los dirigentes condenó la rebelión al fracaso, llevando al sacrificio estéril a varios centenares de jóvenes y heroicos apristas que ofrendaron su vida por los ideales de soberanía y reivindicación nacionales que el Aprismo les enseñara. Para nadie, estoy seguro, la explicación que da usted de esta quiebra, es medianamente razonable. Como en muchas otras oportunidades, sus explicaciones no son más que elaboraciones

el Perú, Puga participó de reuniones con el grupo político que formaría el APRA rebelde primero y el MIR después.¹¹ El contenido del texto con el cual Puga renunció públicamente al APRA y algunos otros elementos llevan a pensar que esta conexión es altamente probable y que, de haber vivido en los años sesenta —falleció en 1959—, habría simpatizado tanto con la Revolución cubana como con las posiciones sostenidas por el MIR, quedando virtualmente alineado en posiciones contrapuestas no sólo a las del APRA de entonces, sino a las de muchos de sus compañeros de ruta durante la época de *Humanismo*. De ahí que, en términos de ideología política, resulte posible y hasta conveniente hablar de un segundo Puga, posterior al traspaso de *Humanismo* a Raúl Roa y a su renuncia al APRA.

Más allá del eventual desgarramiento interno experimentado por Puga en relación con el APRA y su caudillo, la primera etapa de *Humanismo* se corresponde plenamente con su etapa de militante aprista. Aun cuando la documentación que he logrado reunir hasta

posteriores a los dramáticos acontecimientos y con vistas al futuro. Es lo cierto y lo tremendo que en las prisiones nos encontramos siempre sólo compañeros apristas, víctimas de un ideal traicionado, sin lograr descubrir a los pretendidos provocadores, sobre quienes usted agita la culpabilidad del desastre [...] Consecuencia de esta crisis ha sido la intensa pugna interna registrada en todos estos años de exilio. Durante los mismos, el Partido estuvo libre la influencia directa de usted y los organismos responsables podían canalizar las aspiraciones primigenias y fundamentales del Aprismo. Pero su salida de la Embajada de Colombia marcó el límite a este proceso de reintegración doctrinaria y táctica. Con las insólitas declaraciones a la prensa; con su manifiesta simpatía hacia los Estados Unidos; con sus cautelosos pronunciamientos sobre los movimientos nacionales autonomistas y antiimperialistas; con su evasiva actuación en toda circunstancia pública, hizo evidente que el Aprismo había dejado de ser genuino instrumento revolucionario del pueblo peruano.”

¹¹ Datos tomados de una serie de comunicaciones personales con Stella y Carmela Puga, entre agosto y noviembre de 2007. Con respecto a la salida de Puga del APRA, recuerda Stella: “En 1952 y 1953 escuché de boca de mi padre que la actitud asumida por Haya de la Torre no era la del líder que él imaginaba. Criticaba sus mensajes desde su cómodo refugio en la embajada. Me impactó cuando me dijo que en realidad él ya estaba desencantado desde que estuvo preso [1948-1949, AK], por el desenvolvimiento político del partido aprista en esa época y que si no había renunciado es porque se creería que era una cobardía. Al llegar a México mantiene reuniones políticas con apristas y decide esperar. Pero cuando llega Víctor Raúl a México y se reúne con los apristas peruanos, papá llega a la conclusión de que tiene que irse del APRA. La renuncia no se hizo esperar. Fue a poco de la llegada de Víctor Raúl a México.” En cuanto a la conexión entre Puga y el grupo liderado por De la Puente Uceda, testimonia: “Algunas reuniones se realizaron en nuestra casa. Papá fue rechazado pues tenía seis hijos y se creyó que podría desempeñar alguna importante función en el futuro.”

ahora no me permite describir en detalle de qué manera Puga articuló la red que puso en marcha el proyecto *Humanismo*, es indiscutible que en el seno del mismo convergieron figuras e ideas ligadas a los procesos antes indicados —Revolución mexicana, exilio republicano español, democratismo venezolano— a los cuales es preciso agregar, en un lugar sin duda alguna central, el aprismo perseguido y disperso durante los primeros años del ochenio odríista. En mi opinión, tomar en consideración esta singular, aunque no necesariamente sorprendente, intersección de cauces ideológicos constituye la plataforma mínima indispensable para avanzar en la adecuada intelección de las posiciones que la revista fue tomando en relación a las principales cuestiones latinoamericanas de aquel tiempo, posiciones que deben enmarcarse sin dudar en la familia de los progresismos, pero de aquellos progresismos señaladamente distantes de la experiencia soviética y del comunismo en general.¹²

¹² Sobre la doctrina del APRA pueden consultarse innumerables estudios, además de los trabajos liminares del propio Haya de la Torre. A este último respecto, es útil revisar la selección propuesta por Jorge Nieto Montesinos, *Haya de la Torre o la política como obra civilizatoria*, México, FCE, 2000, con estudio introductorio del propio Nieto Montesinos. Afirma este autor, “en el Congreso de Bruselas [febrero de 1927, AK] quedó planteada la disputa entre el APRA y el comunismo latinoamericano por la conducción del movimiento revolucionario antiimperialista. Fue la capacidad política y propagandística de Haya de la Torre la que le dio vuelo a tal discrepancia. Al señalar al APRA como un organismo sin ‘ninguna influencia extranjera’, configuró el espacio cultural en el que surgiría la doctrina política aprista. Exageraba cuando años después afirmó que en Bruselas había definido la línea teórica aprista y había planteado claramente sus diferencias con el comunismo. En realidad, dio inicio a una disputa por la conducción de un movimiento, aunque en ese momento los contendientes plantearan sólo algunos de los aspectos de lo que luego se configuraría como una compleja y múltiple divergencia.” (*Ibid.*, p. 34). En *El antiimperialismo y el APRA* (escrito en 1928 en México y publicado siete años después en Chile), Haya respondió las objeciones de Mella y de Mariátegui, y perfiló con mayor claridad relativa la doctrina aprista, la cual delimitó todavía mejor en el prólogo de 1935 a ese mismo libro. Según Haya de la Torre, en Indoamérica, antes de la revolución socialista que llevaría al poder al proletariado —clase todavía en formación—, nuestros pueblos deberían pasar por períodos previos de transformación, y quizá por una revolución social no socialista, capaces de realizar la emancipación nacional del yugo imperialista y la unificación indoamericana. (*Ibid.*, p. 39) También he consultado: Francisco Zapata, “Clase y nación en Mariátegui y Haya de la Torre”, en *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 2001 [1990], y Alberto Flores Galindo, “La polémica Haya-Mariátegui”, en *Obras Completas*, Lima, Fundación Andina / SUR, Casa de Estudios del Socialismo, 1994, Tomo II, entre otras cosas.

LOS TEMAS

Aquellos temas que he denominado generales, es decir, no latinoamericanos, abarcan en *Humanismo* un espectro relativamente amplio de cuestiones, susceptibles de ser reunidas en, por lo menos, dos grandes grupos. Por una parte, y muy especialmente en los números iniciales, hay un nutrido conjunto de colaboraciones que aborda el tópico de lo que retrospectivamente cabría designar como *crisis civilizatoria*, llegando a introducir algunas veces la sombría perspectiva de una nueva conflagración mundial. Es justamente ante ese ominoso panorama que quienes colaboraban en la revista planteaban la necesidad de perfilar un nuevo humanismo, capaz de establecer un diálogo con los notorios pero inquietantes adelantos científicos y tecnológicos. Al principio, destacan en este sentido textos de Carlos Lazo, Alfonso Reyes, Jesús Silva Herzog y uno del exiliado español Manuel Andújar sobre el que me detendré un instante enseguida. Algo después, aparecen varios aportes del intelectual rumano entonces afincado en Montevideo Eugen Relgis (seudónimo de Eugen Sigler), orientadas en un sentido análogo. Muy ligadas a este primer conjunto de elaboraciones se ubican unas pocas pero a mi juicio importantes dedicadas a poner en cuestión el existencialismo heideggeriano. Por otra parte, hay un racimo de aportes a los que correspondería caracterizar como monográfico-eruditas, dedicadas por lo general a examinar algún aspecto específico de la cultura humanista clásica y, también, del arte contemporáneo. Destacan entre ellas varios artículos firmados por Alfonso Reyes, en particular la serie titulada “Por los mares de Grecia”. Componen también este conjunto textos sobre Leonardo (recordemos que en 1952 se cumplía el V Centenario de su nacimiento), El Greco, impresionismo, surrealismo, arte contemporáneo, poesía en general, literatura israelita, el Islam, el espíritu de aventura en el Oriente antiguo, etcétera.

El artículo de Manuel Andújar al que hice referencia hace un momento se titula “El humanismo: tema y problema”, y apareció en el segundo número de la revista. Se trata de un texto importante para nuestros fines en la medida que enlaza de manera explícita la valoración global del momento de la posguerra con una serie de consideraciones relativas al papel que en su seno podría/debería desempeñar América Latina o, mejor dicho en este caso (no olvidemos que Andújar era español), Iberoamérica. Hacia el final del texto, redondea Andújar:

A la corriente cultural iberoamericana compete realizar una tarea de primer orden en esta cruzada civil. Debe reivindicar y *actualizar* la cualidad que marca tenazmente su mejor tradición: el respeto a la dignidad del hombre que —como la justicia y la paz— es inalienable e indivisible. ¡Y si a esta directriz consiguiera unir la superación de su añejo vicio de insolidaridad, su presencia sería determinante para forjar la espiritualidad —aún en albor y balbuceo— que ha de integrarnos!¹³

El pasaje, con lejanos ecos arielistas y vasconcelianos, es una adecuada puerta de entrada al estudio del modo en que se trató América Latina o, mejor dicho, Indoamérica, en los primeros veinte números de *Humanismo*. A este respecto, resultará útil dividir las contribuciones en cinco grandes grupos.

1. Aquellas que componen la sección fija de noticias comentadas, titulada “Nuestra América”.
2. Textos doctrinarios.
3. Artículos monográfico-eruditos sobre temas diversos.
4. Contribuciones referidas a lo indígena prehispánico.
5. Colaboraciones celebratorias de los logros de las revoluciones mexicanas (la de Independencia y la de 1910), y que más o menos explícitamente desembocan en un elogio del México del presente, gobernado por Miguel Alemán primero y de Adolfo Ruiz Cortines después.

¹³ *Humanismo*, núm. 12, p. 19.

Vale la pena detenerse un instante sobre cada uno de estos racimos de textos:

1. En los veinte números que estamos analizando, la sección de noticias intitulada “Nuestra América” fue algo discontinua y, también, algo variable, tanto en lo que respecta a su extensión, como en lo que tiene que ver con sus autores (no siempre fueron los mismos; no siempre la sección apareció firmada). Sin embargo, y más allá de ello, se verifican fuertes constantes en la selección y valoración de los temas que la fueron componiendo. En efecto, la línea abierta por las colaboraciones de Andrés Townsend Ezcurra en los números iniciales no fue abandonada por las que las sucedieron, aun si dejó de ser Townsend su autor. Los dos aportes seminales de Townsend abordaron, el primero, la Revolución Nacionalista boliviana, el segundo, la Reforma Agraria guatemalteca, en ambos casos manifestando opiniones abiertamente favorables y elogiosas. La cobertura de dichos procesos fue a partir de entonces permanente a lo largo de los veinte primeros números de *Humanismo*. Más tarde, aparecieron también comentarios relativos a noticias provenientes de Chile y Argentina (en particular, las buenas relaciones entre Ibáñez y Perón), Colombia, Costa Rica, etc. Para decirlo en pocas palabras: *Humanismo* apoyó durante todo ese tiempo y de manera por demás explícita los procesos nacional-populares latinoamericanos en curso. Con marcado énfasis, las revoluciones boliviana y guatemalteca; con un énfasis algo menos ostensible, los procesos chileno y argentino —*Humanismo* no fue una revista antiperonista— y costarricense. Hacia el final del periodo que estamos estudiando, resultó muy claro su apoyo al movimiento nacionalista puertorriqueño, encabezado por Pedro Albizu Campos. En el plano argumental, el apoyo de *Humanismo* a las dinámicas indicadas se recostó sobre dos elementos fundamentales: uno, el de un antiimperialismo que cabría adjetivar como *matizado*, en el sentido de que continuamente se procura distinguir entre “el pueblo” de Estados Unidos (potencialmente “bueno”) y los

monopolios expoliadores decididamente “malos”; dos, el trazado de una nítida línea divisoria entre las aspiraciones de los procesos nacional-populares latinoamericanos en curso y el comunismo. Desde luego, entre los factores decisivos para comprender la presencia de estos elementos figuran tanto la bifurcación que había tenido lugar entre el APRA y los comunistas peruanos desde 1928, el muy palpable clima anticomunista que caracterizó a la primera Guerra Fría; en un nivel más específico, los conflictos más recientes entre el APRA y los comunistas y entre AD y los comunistas, así como las líneas divisorias que en análogo sentido existían en el espectro republicano español. Sin duda, *Humanismo* no es una revista comunista, ni simpatizante de la experiencia soviética. Su sintonía con las posiciones del APRA y del progresismo indoamericanista no comunista es evidente a lo largo de su primera etapa.

2. Entre los artículos programáticos o histórico-programáticos destaca muy especialmente una serie de ocho contribuciones de Víctor Alba (seudónimo de Pere Pagès, antiguo miembro del POUM español) que, reunidas, vienen a conformar un pequeño tomo de historia del movimiento obrero latinoamericano y de historia social latinoamericana en general, resultando ser por lo demás una fiel exposición de la doctrina aprista en relación a tan crucial tema, que remite, por lo demás, a una entera concepción de la historia del continente y de sus perspectivas hacia el futuro.¹⁴ Repasemos someramente el contenido de

¹⁴ Años después, Alba dio a conocer un volumen titulado *América Latina, un continente ante su porvenir*, Nueva York, IIIT, 1958 y otro denominado *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1964; en términos generales, se trata de desarrollos de las tesis vertidas en la serie de artículos aparecida en *Humanismo*. Por ese tiempo se encontraba muy lejos ya de las posiciones del “segundo Puga”. Alba también continuó escribiendo sobre los sucesos españoles de la década del treinta. Además, y entre otras muchas tareas, tradujo *La conquista de México*, de Hugh Thomas. Según Michael Mullan, Pagès fue cicerone de Orwell en Cataluña y trabajó junto a Camus en *Combat*. Más tarde emigró a México y después a Estados Unidos. Hacia 1970 retornó a Cataluña, donde fue mirado con desconfianza tanto por la dictadura como por la oposición comunista en la clandestinidad, esto último debido a sus críticas sistemáticas a la URSS y al movimiento comunista. Alba dejó un testimonio autobiográfico en *Sísifo y su*

la serie de Víctor Alba. Primero, Alba opta por una definición genérica —no clasista ni sindicalista— del movimiento obrero, identificando al mismo con la tradición secular del inconformismo y de la búsqueda solidaria orientada a la solución de las injusticias y a la garantía de las libertades, encarnada no tanto en las luchas de los obreros y los campesinos propiamente dichos (los primeros casi no existen; los segundos son reaccionarios), sino más bien en los políticos e intelectuales y, más modernamente, en la clase media considerada en sentido amplio. Enseguida, Alba formula un fuerte llamado a la necesidad que tiene América de americanizarse, esto es, de dejar de buscar las soluciones a sus problemas en la imitación de fórmulas foráneas o en las recomendaciones de los consejeros técnicos. Luego, sostiene que lo que une a América Latina es su inmensa miseria, injustificada y difícil de explicar, pero que hay que ver como consecuencia del latifundismo, de la insuficiente inmigración y, por encima de todo, del papel desempeñado por el capital extranjero en la evolución política y económica continental. Sobre este punto, Alba sostiene que el movimiento obrero debiera revisar su política de alianzas, tomando en cuenta la novedad que supone la sustitución del imperialismo británico por el norteamericano. Insinúa entonces que la salida verdaderamente progresista residiría en una alianza entre el movimiento obrero y la burguesía nacional, burguesía que necesita del capital extranjero para desarrollarse. Insinúa también Alba una connivencia entre los comunistas, los obreros confundidos y la oligarquía feudal, “antiimperialista” por antiburguesa.

En cuanto a la historia del movimiento obrero latinoamericano en su sentido más restringido, Alba liga su aparición a la inmigración, y a la penetración de las ideas comunistas, las cuales habrían retrasado su genuina americanización. En el quinto artículo

tiempo: memorias de un cabreado, 1916-1996. Véase http://grijalvo.com/Mullan/b_Victor_Alba_obituario_es.htm.

de la serie, y tras haber revisado someramente la historia del movimiento obrero en todos los países con excepción de México y Perú, escribe Alba:

Hasta aquí, hemos trazado la historia de la primera fase del movimiento obrero latinoamericano, político y sindical, en su aspecto organizativo. Se ha visto que hay en él una tendencia a la violencia, a la huelga general frecuente, y que sus formas orgánicas imitan a las europeas —en parte debido a que fue fundado casi siempre por inmigrantes del Viejo Mundo—. Ni en su estructura, ni en su léxico, ni en su programa, ni en las tentativas de coordinación encontramos nada genuinamente latinoamericano ni hallamos soluciones peculiares [...] En este sentido, el movimiento obrero no era genuinamente latinoamericano, producto espontáneo de América Latina y de ahí, sobre todo, su escaso desarrollo.¹⁵

Las contribuciones sexta y séptima de Alba están dedicadas a la Revolución mexicana. Ante todo, la define como la primera revolución agraria triunfante en el mundo. Plantea como eje central para su análisis la consideración del conflicto entre los trabajadores citadinos y los campesinos, cuyas perspectivas no habrían llegado a converger del todo a lo largo del proceso. Según Alba, el problema es que los obreros mexicanos no comprendieron que debían aliarse a los campesinos; los únicos que lo habrían entendido así fueron los comunistas, quienes sin embargo no lograron la anhelada unión, toda vez que su posición frente al gobierno no encontró eco en las masas. En opinión de Alba, para 1934 sólo se había salvado lo que la Revolución tenía de espontáneo: ejidos y nacionalismo económico. Lázaro Cárdenas aparece caracterizado como un realizador empírico, cuyos seis años de gobierno transformaron a México más que la Revolución misma. Para Alba, Cárdenas se dio cuenta de que la Revolución no era “socialista”, sino “de la clase media”, y de que debía desembocar lógicamente en la industrialización del país y en la mexicanización de su agricultura. Más allá de las reservas (“Lo que ni Cárdenas ni nadie podía decir, en 1940 —y todavía hoy es difícil preverlo— es si este rumbo inevitable de la revolución acabará desvirtuándola o si será una etapa hacia nuevas transformaciones

¹⁵ *Humanismo*, núms. 11 y 12.

sociales[...]”, escribe Alba), reservas que recuerdan a las del propio Haya en el capítulo VII de *El antiimperialismo y el APRA*, la conclusión es que “la Revolución Mexicana ha sido lo que, en el fondo, todos los pueblos de este continente habrían querido poder realizar.” Ha sido, según Alba, una revolución encabezada por la clase media minoritaria, formada en general por mestizos, apoyada por las masas sólo en los momentos emocionales, donde el movimiento obrero aún en ciernes no ha ejercido ninguna influencia política decisiva. A su juicio, está destinado al fracaso todo intento de dar contenido colectivista a la agricultura en países cuya industria es embrionaria; el movimiento obrero debería fijarse como misión resolver las contradicciones que lo inmovilizan. El último texto de la serie de Alba apareció en el núm. 16 de *Humanismo*, y llevó por título “En busca de la doctrina”. Tras revisar las sucesivas tácticas comunistas, afirma que “el comunismo *fue* una gran esperanza para América Latina (mi cursiva, AK)”, y pasa a recuperar a las figuras a su juicio más sobresalientes, a saber, Mariátegui, Masferrer y, sobre todo, Haya de la Torre. Sobre éste y su movimiento escribe: “El aprismo formula una nueva interpretación del marxismo para Indoamérica y transporta la concepción einsteniana del espacio-tiempo al campo histórico social de este complejo conglomerado de regiones y razas, de formas de producción y de cultura. Así niega y continúa el aprismo al marxismo.” Pese a sus fracasos, el APRA “es el partido revolucionario más fuerte del continente, el único que ha creado una doctrina propia y que ha sido determinante en la vida de su país, aunque no —como aspiraba— en la del continente.” (p. 78) Acompaña al artículo una foto de Haya sonriente, con una leyenda que reza: “V. R. Haya de la Torre, apóstol de la unidad continental, forjador de la doctrina americanista del APRA, es el creador de la ideología más completa y realista de la misión del movimiento obrero en la emancipación de nuestros pueblos.” (p. 74) La conexión argumentativa es sumamente clara: la revolución que todos los pueblos del continente

habrían querido poder realizar es la mexicana; la verdadera doctrina emancipadora es la del APRA.

Todavía dentro de este grupo de contribuciones a las que he denominado doctrinarias o histórico doctrinarias, me gustaría llamar la atención sobre una de Manuel Seoane, aparecida en el núm. 14 de *Humanismo*, y titulada “Hacia el Nuevo Ayacucho”. El “Nuevo Ayacucho”, que múltiples sucesos vienen preanunciando, no es otro que la segunda emancipación americana, la económica: “Chile, Bolivia, Argentina y Guatemala son pueblos que ya rompieron la caparazón. Otros están viviendo el mismo ineluctable proceso incubatorio.”¹⁶ El párrafo V de la aportación se intitula: “Ni prosoviéticos ni antinorteamericanos”, y plantea claramente el carácter eminentemente *nacional* de los procesos revolucionarios en curso, que ineluctablemente conducirán a la Segunda Emancipación. Los comunistas son vistos como grupos minúsculos e insignificantes, al servicio de una potencia extraña. Acusar a los grandes movimientos nacionales de comunistas es desde esta perspectiva pueril, y obedece simplemente a la intención de cercar el paso a esos incontenibles movimientos. También resulta desnaturalizador, para Seoane, imputar un carácter cerradamente antinorteamericano a estos movimientos. La lucha en curso es simplemente legítima voluntad de autonomía en inevitable colisión con los intereses imperiales dominantes.

¹⁶ *Humanismo*, núm. 14, p. 33. Nótese la mirada sobre la historia argentina reciente que despliega Seoane: “En realidad las tres fuerzas: radicales, socialistas y conservadoras, no obstante sus antagonismos recíprocos, representaban actitudes integrantes de un solo sistema demoliberal incapaz de percibir y satisfacer reclamos más trascendentales.” (p. 34) Y: “El alud desatado por la contenida injusticia, no sólo es una lección realista, sino una explicación de las singularidades del medio argentino. Es la fuerza instintiva de los pueblos indoamericanos adelantándose a la ‘inteligencia’ europeizada, dejándola en rezago. Porque la historia no pide permiso a los sabios para realizarse” (p. 35).

Dos números después, una contribución del intelectual costarricense (radicado en México) Vicente Sáenz, intitulada “El fraude del anticomunismo” vuelve a plantear cuestiones análogas. El problema fundamental de Hispanoamérica, según Sáenz, no es el mentado comunismo de los procesos nacional-populares ni Estados Unidos como bloque. El problema fundamental de Hispanoamérica tiene dos caras: la mala Norteamérica (materialista, lucrativa, codiciosa) y la mala Hispanoamérica (pelele, comparsa, malinchista).

3. No me voy a detener ahora en la consideración del grupo de colaboraciones que denominé “monográfico eruditas”. Sólo diré dos cosas: primero, que, más allá de su desigual calidad, estos textos no dejan de revelar una disposición intelectual sensible a lo que podemos denominar curiosidad latinoamericanista; segundo, que la erudición y la curiosidad no tienen nada de gratuito ni de neutral, sino que las más de las veces están ostensiblemente al servicio del robustecimiento de alguna dimensión doctrinaria. Menciono, a título ilustrativo: “Cabildos abiertos de Hispanoamérica”, por Jesús Véliz (núm. 2); “Escultura del Perú colonial”, por Cossio del Pomar (núm. 3); “Poesía actual salvadoreña”, por Mauricio de la Selva (núm. 4); “Itinerario del teatro guadalupano”, por Armando de María y Campos (núm. 6); “Los modernistas panameños”, por Rodrigo Miró (núm. 13). Un lugar decididamente intermedio entre las contribuciones doctrinarias y las monográfico eruditas ocupan los textos dedicados a explorar aspectos de la vida y obra de José Martí en los números 9-10 y 13, aparecidos ambos en 1953, año del Centenario del nacimiento del poeta y mártir cubano.

4. Tampoco voy a dedicar demasiado tiempo a trabajar ahora las contribuciones consagradas a lo indígena prehispánico. Ubicándose en distintos puntos del espectro que va de lo erudito a lo doctrinario, estas contribuciones tienden, por lo general, a revalorizar los

pasados mexica, maya e inca, en el marco tanto de una clara reivindicación identitaria de los pueblos indoamericanos (que recuerda las discusiones dieciochescas entre el padre Clavijero y Cornelius de Paw, estando invariablemente los articulistas de *Humanismo* en la línea del primero), como de un afán de aportar elementos al debate sobre la crisis civilizatoria global. Constituyen buenos ejemplos de esta combinación de motivos los textos de Honorato Ignacio Magaloni (núm. 1 y núm. 6), de Luis Alberto Sánchez (núm. 3), y de Armando Cosani Sologuren (núm. 9-10 y núms. 11-12). Por ejemplo: en “Antigüedad de los idiomas amerindios”, Honorato Magaloni sugiere, con bases eruditas y fina prudencia, que Amerindia pudo haber sido un espacio lingüístico previo al romano-latino, y que pudo haber influido sobre él (núm. 2, p. 42). Tras presentar listas de similitudes encabezadas cronológicamente por una palabra amerindia, Magaloni se afirma en la sospecha de que en Amerindia se habló el idioma perdido. Concluye recordando que, para el sabio Le Plongéon, Jesús pronunció sus últimas palabras en maya.¹⁷ Al igual que el de Luis Alberto Sánchez, el otro artículo de Magaloni referido recupera los planteamientos del *Popol Vuh* para concluir diciendo:

Criaturas de América, la palabra de equilibrio vendrá a nuestra boca, cuando incorporemos los recursos de la técnica a las concepciones de armonía que llenaron nuestro continente, proyectándolas a las necesidades de nuestro tiempo. No es bueno el camino de incorporar el alma india a la técnica, sino a la inversa. La palabra de nuestro continente ha de confrontarse con la que del otro lado del mar llegó a nuestros oídos [...] Americano que no haga este camino, la mitad de un cuerpo es, e irá cojeando por la orilla del acantilado. Esto debe divulgarse en nuestro tiempo.”¹⁸

¹⁷ Escribe: “Mientras no se encuentre otro idioma al cual pertenezcan las palabras citadas por los evangelistas, aquí exhibimos uno que no solamente las tiene, sino que con ellas, en una frase, expresa una emoción y significa un pensamiento dignos del Mesías en la hora de la muerte.” (p. 46) [*Ahora hundirme en la alborada de tu presencia*].

¹⁸ *Humanismo*, núm. 6, p. 43.

5. Integran el último grupo un cúmulo de textos que abordan cuestiones de la historia mexicana en clave celebratoria. De hecho, dos de los veinte números que estamos analizando están casi enteramente dedicados a ello: el núms. 11-12, consagrados al cura Hidalgo (en ocasión del bicentenario de su nacimiento) y el núm. 15, íntegramente dedicado a la Revolución mexicana en su 43° aniversario. Es importante destacar que muchos de los textos que integran este subconjunto destilan normalmente un claro sentido latinoamericanista: Hidalgo es un “precursor de la autonomía indoamericana” y la Revolución mexicana, no lo olvidemos, es la revolución que todos los pueblos de este continente “habrían querido poder realizar”.

REFLEXIÓN FINAL

En su primera etapa, que duró dos años y abarcó veinte números, *Humanismo* fue una suerte de reflejo, de semiencubierta filial, del Incahuasi en la región más transparente del aire. Pero no fue sólo eso. Quiero decir, si es cierto que sus páginas son un lugar de condensación, cristalización y fijación de la doctrina aprista durante los años del ochenio odriísta, también lo es que dicha doctrina convivió allí con cauces ideológicos afines pero no idénticos (como la oposición venezolana a Pérez Jiménez, el exilio republicano español, la Revolución guatemalteca de Arévalo y Árbenz, la propia intelectualidad mexicana indisolublemente ligada a la Revolución), dando por resultado un espacio textual complejo y con rasgos específicos. Este panorama se vuelve todavía más complejo y fascinante si se recuerda el nunca públicamente expresado desgarramiento interno que en esos años experimentaba Mario Puga, todavía fiel al aprismo al tiempo que crecientemente disgustado

con su caudillo y con su plana directiva, como a la espera de una rectificación que jamás tendría lugar.

Como vimos, durante los años de Puga, el progresismo indoamericanista de *Humanismo* se apoyó sobre una serie de postulados básicos, entre los cuales cabe destacar el antifascismo (que no equivale aquí a antipopulismo); el antiimperialismo matizado; la distancia frente a la experiencia soviética y frente al ideario comunista en general; el énfasis en que la doctrina emancipadora indoamericana tiene que ser ante todo eso, indoamericana; la insistencia en la centralidad de las elaboraciones de Haya de la Torre en tal sentido; la convicción del carácter progresivo y modélico de la Revolución mexicana. Además, una fuerte reivindicación identitaria surca esos veinte primeros números. Por momentos, se recuperan elementos culturales y civilizatorios del pasado prehispánico, con una marcada propensión a articular esa operación a la certeza de que el mundo moderno atraviesa una época de grave desorientación, es decir, dando a entender que en aquel pasado hay claves para orientarse mejor en el desquiciado presente. Sin embargo, fuera de algunos pasajes excepcionales, la moraleja no parece ser tanto que hay que renunciar a los beneficios del mundo moderno o al horizonte del desarrollo, sino más bien que resulta conveniente y necesario fomentar la llegada al poder de gobiernos indoamericanos con vocación transformadora, significando esto gobiernos decididos a utilizar el aparato estatal para implementar políticas nacionalistas de miras continentales, en particular en relación con los aspectos energético y agrario y, también y más ampliamente, con la dimensión de la justicia social.

Evidentemente, falta estudiar muchas cosas sobre este primer periodo de *Humanismo* y, por supuesto, resta emprender una aproximación sistemática a las etapas subsiguientes, marcadas por el alejamiento de Puga —que al parecer se produjo en buenos

términos— y por la llegada de Raúl Roa García, el futuro canciller cubano. Será de gran interés avanzar en una reflexión de mayor alcance sobre las intersecciones y deslizamientos de esos hoy lejanos años cincuenta, los cuales resultarían sensiblemente alterados no sólo por los sucesos que tuvieron lugar en Venezuela y en Perú, sino también, y quizá sobre todo, por la Revolución cubana y su ingreso a la órbita comunista.